



*EL JOCKEY QUE LO PUEDO SER TODO*

*EN ESTA VIDA*

La mayoría de las piezas de mi colección son de humilde procedencia. Estoy seguro de que ninguna de ellas ha sido propiedad de un Duque de Sajonia, un Príncipe montenegrino o un miembro de la familia Hohenzollern. Sus dueños fueron en un noventa y nueve coma cinco por ciento Pepitos, Paquitos, Pedritos y Juanitos. Hay un juguete, sin embargo, que debió tener un dueño menos vulgar. Seguramente un Tiburcito, un Argimirín o un Deogracias. Claro que es difícil acertar exactamente, pero lo que quiero decir con esto es que se trata de una pieza mucho más original y, por tanto, con menos probabilidades de ir a parar a las manos de un Pepito, un Paquito, un Pedrito o un Juanito que los restantes juguetes de la colección.

Me refiero al grupo compuesto por un jockey, un caballo y una valla coronada por una banderita de larga asta que, en teoría, debe ser superada por el cuadrúpedo gracias a la cuerda que desplaza al conjunto sobre tres ruedas. Todo muy complejo y difícil de explicar por alguien que no maneje bien las palabras, como servidor. El juguetito tiene sus años, que yo no cifraría en menos de treinta y cinco o cuarenta. Me lo enviaron de Valencia hace un año, y aún conserva entre las ruedas arena de alguna playa levantina. Unas ruedas medio corroídas por el óxido, que ha alcanzado también algunas partes del cuerpo del jinete. Pero, en general, el estado de conservación de ambos protagonistas, caballo y jockey, es excelente.

El jinete tiene aspecto de ser miembro de una de esas llamadas familias bien. Su rostro, noble y vigoroso, se adorna con finos mostachos de puntas retorcidas hacia arriba, y hay en su mirada una firmeza y una convicción que difícilmente se comprende. Porque su caso es dramático: nunca terminará de superar ese obstáculo que su caballo empezó a saltar el día que lo crearon en el taller. Su sino es estar siempre ahí, en el aire, basculando entre el fracaso de no haber demostrado la suficiente destreza para pasarlo y el más sonado de los éxitos. Su fe y sus altos ideales - jamás el jockey abandonó su imposible aventura, ni jamás lo hará - resultan admirables.

No me gusta hacer de adivino, pero mi particular opinión es que no debiera culminar el salto aunque pueda hacerlo. Mientras permanezca en el aire, como una incógnita, siempre tendrá a su favor la posibilidad de ser el mejor, el más grande, el único. Una vez que el caballo ponga las patas delanteras en el suelo, empezará a correr rápidamente el reloj de arena de su futuro, y al rozar las patas traseras el penacho de la

valla la suerte ya estará definitivamente echada. Puede que triunfe, pero... ¿y si fracasara?

Ahora que ante mis juguetes viejos siento la irremediable necesidad de volver la vista atrás, pienso que la vida sería para mí muy otra si hubiera dejado en un estado de esperanza latente mis posibilidades de ser un fenómeno deportivo. ¿Quién no ha soñado alguna vez ser el mejor en un deporte?. Desde muy temprano me sentí espoleado por la necesidad de demostrarme a mi mismo hasta dónde podía llegar. Uno a uno, fui intentando casi todos los deportes, y las experiencias no pudieron ser más desastrosas. Ponía toda la entrega, el corazón se me salía por la boca, pero era evidente que no había nacido para atleta. Sorprendentemente, cuando ya me creía un ser acabado, un deshecho de tintera, un jubilado prematuro, en quinto de bachillerato me encontré defendiendo los colores del equipo de fútbol de mi clase. Fue una de mis épocas más gloriosas, y guardo de ella recuerdos imborrables. Como era muy mal jugador, me situaba allí donde mis fallos resultaban menos espectaculares. No creaba, sino que destruía juego. Y cuando no podía destruir juego destruía en lo posible los tobillos del contrario, aunque, eso sí, sin mala intención.

Mi pasión por el deporte era tal, y tan ambiciosos mis sueños, que cambié mi apellido por otro de resonancias más atléticas. En mi colegio – un colegio de niños bien de toda la vida – los Muguiro, los Dominguez Urquijo y los Gamboa eran del Atlético de Bilbao, que por entonces apabullaban con figuras como Garay, Mauri, Maguregui, Zarra y Gainza. Era el equipo de modo, y yo no estaba dispuesto a quedarme demodé. Un día, en un periódico me enteré de que un pelotari llamado Echegoyen había derrotado a un Salsamendi. El nombre de éste me pareció grotesco, pero no así el del vencedor, que se me antojaba como la reencarnación exacta de un Sigfrido, un Carlomagno a un Julio César en el campo de las lides deportivas.

A partir de entonces, cuando salía a darle a la pelota – lo de darle es un eufemismo – fui siempre Echegoyen. Consciente de que mi poca clase no podía engañar a nadie, añadí el epíteto de “ el Magnífico”, que fue respetado por mis compañeros, como lo sería el capricho de un abuelito enfermo que quisiera morir con la gloria de haber vencido en Cavite y se escribiera para su epitafio "el Triunfador". Con este apodo de guerra capitaneaba uno de los equipos que disputaba con la otra mitad de la clase (los equipos eran de veinte aproximadamente) tres partidos de fútbol al día, uno en cada uno de los recreos. Como la pelota era tan pequeña, los jugadores tan numerosos y yo tan malo, pasaba recreos enteros sin tocar nada que no fuera la pierna de algún contrario. Sin embargo, gozaba de un inmenso prestigio logrado a base de un entusiasmo sin igual, animando a los míos con apodos que habían ido recibiendo de mí, y acoquinando a los contrarios con toda clase de vituperios y demás galanterías por el estilo.

Creo que fue eso lo que me llevó al equipo de fútbol de la clase. Entonces pensé seriamente si es que no era tan funesto como creía, pero tras unos partidos en que la suerte me ayudó -en uno incluso marqué un valioso gol que nos sirvió para empatar el partido que terminaríamos ganando los hechos vinieron a confirmar mi antigua sospecha. No obstante, como caía bien a casi todos mis compañeros y además me tomaba la molestia de hacer las críticas de los partidos en el periódico mural de la clase, permanecí en el primer equipo al menos durante quinto y sexto. Bien es verdad que fui buen político manejando la pluma. Cuando ganábamos, siempre era gracias a los demás, mientras que las derrotas eran sistemáticamente cargadas en la cuenta de "ese defensa

llamado Echegoyen el Magnífico". Lo cual, aunque no era sino hacer honor a la verdad, causaba muy buen efecto.

Está claro que el fútbol nunca pudo colmar mis sueños de gloria deportiva. Tímidamente intenté luego ser algo en algún otro deporte, pero ni siquiera jugando al guá supe demostrar nunca las debidas aptitudes. En tenis no lograba meter una pelota, en hokey sobre patines no sabía frenar, en baloncesto era bajo, en balonmano poco fuerte, en atletismo ridículo, en gimnasia torpe... ¡Puerca miseria!.

¿Qué si intenté alguna vez la equitación, como mi amigo el jinete?. ¡Claro!. Para todos los niños los caballos tienen un mítico atractivo. Y yo no era una excepción. Pero la equitación era ya entonces un deporte para privilegiados. Alguna vez tuve la osadía de tratar de emularles montando uno de los pencos que había en El Rincón para labranza. Procuraba mirar al frente, e imaginar que me contemplaba un concurrido hipódromo o todo un regimiento de confederados que esperaba mis órdenes para liquidar a una bandera de soldados de la Unión. Pero un tirón del jamelgo me devolvía a la realidad, a la que tenía que enfrentarme con mi escasa habilidad para no dar con los huesos en el suelo.

Por fin un día me declaré inútil total para el deporte, y procuré encontrar algún otro caminito por donde Echegoyen pudiera ser realmente "el Magnífico".

Lo peor es que no es fácil dar con algo así. Por eso me da envidia mi querido amigo, el jockey idealista. Él está todavía en esa utopía que es la esperanza, y su capacidad para ser feliz es completa. Mientras se confía en el futuro la vida siempre sonrío. Pero cuando el futuro se convierte en presente, y el presente no se ajusta a lo que imaginábamos, la sonrisa de la vida se va enfriando poco a poco.

Ojalá hubiera podido yo prolongar hasta el infinito el instante aquel en que mi pie iba a golpear por primera vez una pelota. En lugar de un deportista fracasado sería ahora ese Echegoyen el Magnífico con el que alguna vez confié pasar a la historia.

Luis Figuerola-Ferretti Gil